LORCA

AÑO I.—NÚM. 25.

EL IMPARCIAL

es el periódico de mayor información en Lorca

—= ANUNCIOS =—

Locales, y de fuera, á precios convencionales
Comunicados 5 cts. línea.
Cada anuncio satisfará 10 céntimos de impuesto.

NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

EL IMPARCIAL

DIARIO DE INFORMACIÓN

LORCA

VIERNES 1 DE FEBRERO DE 1906

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Lorca, UNA peseta al mes.
Fuera, 1'50 » » »
Extranjero: en las naciones comprendidas en la Unión Postal, 10 pesetas trimestre y en las no comprendidas 15 pesetas.

Redacción: Fernando el Santo, 3
Admón. y Talleres: Posada Herrera 11

Otra vez el hambre

Las nuevas que llegan de la región de Andalucía no son nada tranquilizadoras. Otra vez vuelve á imperar el hambre. Legiones de obreros acuden á los municipios demandando trabajo y en su defecto pan.

Si hubiese cualquiera de ambas cosas, con darla estaría terminada la cuestión; pero no hay de ninguna; trabajo hay mucho menos que trabajadores; pan... se perdió el pasado verano la cosecha y el invierno no da cereales.

Nada de esto es nuevo. Lo ha dicho antes de ahora el Sr. Gasset, ministro de Fomento, anunciando que la crisis agraria que se ha recrudecido le obligará á visitar otra vez las poblaciones andaluzas más necesitadas para emprender obras.

¿Se trata de pantanos y canales de riego? Si es así, convenido. Si son otras obras nada se habrá logrado, pues, como no han de ser eternas, una vez terminadas volverá la crisis.

Lo que necesita la región andaluza y su lindante la extremeña, es una división que ponga en cuatrocientas manos lo que está concentrado en seis ú ocho. No serían entonces las crisis tan graves, porque cada cual se aplicaría á lo suyo, y en el caso de emprender el Estado obras hidráulicas, los favorecidos serían cuatrocientos y no seis como ahora.

Cuanto no se encamine á este fin será inútil; solo servirá para remediar temporalmente los daños producidos por las malas cosechas; mas pasado el momento del remedio, surgirá nuevamente el mal con tanta ó con más fuerza.

El malestar de aquellas poblaciones, en los latifundios radica, y mientras éstos no desaparezcan subsistirá aquél.

¿Cómo han de desaparecer? No lo sabemos; pero deben tener soluciones para ese problema los hombres que gobiernan el país.

Lo celebraremos.

EL SACRIFICIO

Relato histórico

A Felisa R...

El Marquesito de Torío, atildado cronista del semanario *La Violeta*, concluía una revista de salones con esta noticia sensacional: «...y por último, me consta que la Baronesa de T... va á consagrarse al claustro».

Espléndida belleza, joven, de linajuda prosapia, de claro talento y distinción, brillaba Rafaela como astro de primera magnitud, entre los de la más alta sociedad madrileña.

Nadie acababa de explicarse resolución tan repentina, y menos aun cuando estaba descontado y no era secreto para nadie, su próximo enlace con Félix R... G..., Marqués de C., quien la adoraba con delirio, siendo correspondido con vehemente pasión.

El Marqués lo merecía; á los veinticinco años era un bravo y brillante oficial del cuerpo de artillería, fuerte cual Aquiles y ágil como Ayax. Ostentando tres títulos con dos grandezas y una envidiable fortuna, valía todo ello bien poco al lado de su bondad y cualidades excepcionales; era lo que se llama un caballero sin tacha.

—«Algo grave ha pasado aquí...» repetían los que conocían á Rafaela y al Marqués, y las suposiciones abundaban, se extendían las hipótesis, y las deduciones que se sacaban eran más ó menos gratuitas ó peregrinas, según la mayor ó menor influencia de la sensibilidad sobre la voluntad del murmurador.

En vano los amigos más íntimos pretendieron explorar á Félix R.., quien con toda cortesanía y algo de simulada contrariedad, procuraba esquivar tal conversación, y de Rafaela, entre sonrisas de ángel y mimos de niña voluntariosa, solamente recogieron estas palabras:—«Me caso con Dios y á la vez me uno para siempre con los desvalidos y los pobres, mis hermanos.»

*

Por ser la humanidad una é idéntica, sucede en el gran mundo lo que en el pequeño; se olvida muy pronto. A semejanza de lo que acontece en un buque, que muere un tripulante, se le amortaja con una sábana, y con una ó dos balas de cañón á los pies, mientras el sacerdote recita plegarias por el alma del muerto, se le desliza rápidamente por un tablón, y... al fondo del mar; la máquina apenas ha dejado de navegar, siendo muy pocos los asistentes á la imponente ceremonia, que puedan guardar, si lo guardan, recuerdo de ella, pues la mayoría, como no tiene conocimiento del suceso, no se apercibe ni entera de que las aguas han tragado un compañero de viaje, ni que el mar es el más limpio de los cementerios, donde no pueden erigirse ni cenotafios, ni mausoleos ni otras vanidades por el estilo, así sucede en la tierra.

No es, pues, de extrañar, que pocos meses después, ya no se hablaba en la Corte del Marqués de C. ni de la Baronesa de T. Otras estrellas *ravissantes* daban pasto á las revistas del cronista de *La Violeta*; otras hermosuras habían reemplazado á Rafaela, quien al liquidar su fortuna y repartirla entre los necesitados, se había eclípsado en aquella sociedad en que tanto brillara; y en cuanto al Marqués de C., unos le suponían de explorador por el interior de Africa, otros de agregado militar con una embajada, y algunos recluído voluntariamente en la Cartuja de...

*

Algún tiempo después de estos sucesos, en los épicos anales de las Hermanas de la Caridad, inscribía una de sus más brillantes páginas, cierta Sor X... del Mayor Dolor. Era la religiosa de buena estatura y muy airosa, de gran distinción y modales finos, que mal encubría ó tapaba, el austero y severo hábito; por su blanquísima y tableada toca, se descubría el rostro en que aún como arrobamiento místico, se unía cierto sello de amargura resignada, algo así de lo que admiramos en las Purísima de Murillo, y no poco de lo que se siente contemplando las imágenes de Salcillo, el escultor murciano. Llevaba de continuo sus bien contorneadas y diminutas manos cruzadas sobre el pecho y como en actitud de orar, los labios entreabiertos como si murmuraran perpetua plegaria, y los ojos elevados al cielo para no perder un momento de contemplar á Dios. No hablaba nunca sino para consolar, era, en fin, el tipo de la Hermana de la Caridad, creado por San Vicente de Paul.

Lejos de extender hacia ella la mano para que besara el anillo, los Príncipes y Prelados de la Iglesia, la saludaban, quitándose sus birretas rojas ó moradas; los superiores ó prepósitos al citarla, jamás dejaban de llamarle *venerable*; sus hermanas de hábito *Santa Sufrida*, y las legas *Consolatrix aflictorum*. En su pecho ostentaba (por decoro de su instituto y voto de obediencia á sus superiores), una cruz laureada de San Fernando, ganada curando heridos entre la mortífera metralla y el furor impío de la guerra, ó enterrando los muertos en el mismo campo de batalla.

En los anfiteatros ó salas clínicas de los hospitales, los más afamados maestros la preferían como el más experto ayudante; sorprendía ver la corrección, tino y esmero con que aquellas manos delicadas colocaban apósitos y cruzaban vendajes. Otra Santa Isabel, ó nuevo serafín de Asís, había que verla curar las más repugnantes enfermedades de la piel y de los huesos, y más de una vez la sorprendieron sus hermanas, agotadas ya las hilas y trapos que llevaba á prevención, despojándose de las ropas interiores, para rasgarlas y acabar de limpiar, cubrir y curar la lacería de horrible é infeliz leproso.

Cuando atravesaba los patios de los hospicios, acudían presurosos los niños expósitos de ambos sexos para saludarla, comiéndosela á besos, llamándola *Madre nuestra*; los enfermos procuraban reclinarse sobre el lecho, aun á costa de sufrimientos, para contemplarla, y se decía que siempre que se detenía delante de la cama donde sufría algún blasfemo é impío ateo, á quien la hermana prodigaba toda clase de cuidados con tierna solicitud, gritaba el paciente: «Si esa mujer no se va pronto de mi presencia, llegará á hacerme creer que hay Dios»...

*

Las pasiones políticas habían llegado á su período álgido; el volcán que rugía hacía tiempo, no era un secreto, ni aun para el más ignorante, que iba á obrar y á destruir activamente. Aquellos estadistas de cuerpo entero, estaban produciendo la catástrofe con su erróneo sistema de gobierno, y al fin aconteció lo que se temía.

Una infausta noche del mes de..., vomitó el coloso; el penacho de humo que coronaba el cráter, se transformó en fuego y lava ardiente. Convertidos los cuarteles en centros de insubordinación, pronto cundió el más desenfrenado libertinaje; en uno de los de artillería, convertido en antro infernal, nada se respetó.

Tantos fueron los cadáveres de que se llenó el cuerpo de guardia, que apenas pudieron cubrirse con los paños hechos girones de los gloriosos estandartes, pisoteados é insultados por ébria soldadesca. Esta, vomitando alcohol, sedienta de sangre, se desbordó por calles y plazas, y sin Dios ni freno alguno, arrollaba cuanto se oponía á su paso.

Un grupo de arsilleros, separado ó rezagado de la masa común, recorría una de las principales calles de la Corte, en compañía de descocadas mujerzuelas, ahullando blasfemias y cantares, groseros, á la sazón que por el lado opuesto avanzaba hacia dicho grupo un jefe de alta graduación.

De estatura regular, cabello y barba de color castaño, con algunas hebras de plata, ojos azules y conjunto hermoso, sobre el uniforme de coronel de artillería no llevaba ni decoraba su nobilísimo pecho, otra venera que cruz roja santiaguista. Circundado su rostro con la inmaculada aureola del que ya al martirio, próximo ya al grupo, y cuando comenzó á gritar: «¿qué es esto, hijos míos...?», una descarga á boca de jarro le hizo caer sobre la acera, abiertos los brazos hacia aquellos caníbales, como en ademán de abrazarles.

De súbito, como por encanto, atravesando heróica el pelotón de ébrios y rameras, que silenciosamente la dió paso, una Hermana de la caridad voló al socorro del herido, y al pretender reclinarle sobre su seno para reconocerle las heridas, se quedó suspensa, mientras el bizarro coronel expiraba, murmurando:—¡Rafaela... de... mi... alma!

Una bala perdida, haciendo añicos la cruz de San Fernando que, sobre el pecho llevaba la religiosa, atravesándole el corazón, la hizo caer desplomada, gritando:—¡Félix... de... mi... vida!

Al recoger los cadáveres de aquella tristísima jornada, se encontraron dos, uno sobre el otro y en forma de cruz. El árbol ó tronco era el cuerpo del Marqués de C. y las ramas ó brazos de la redentora enseña, el cadáver de la Baronesa de T. La redención por el sacrificio estaba cumplida.

*

Registrados cuidadosamente los papeles del Marqués de C., causó no pequeña sorpresa encontrar entre ellos un abultado sobre en tela, cerrado con lacre negro y en cuya cara ó parte superior, se leía: *Mi único amor*. Abierto, se encontraron en él como una docena de cartas con la firma de «Rafaela»; la última decía y empezaba así:

†

«Félix: ¡Cuán adorables son los decretos del Altísimo! Sin la visible intervención de Dios en la existencia de ambos, ¡qué desgraciados hubiéramos sido el día de mañana!

»La revelación que milagrosamente has adquirido de la falta ó debilidad de mi madre con tu padre, es decir, el adulterio del que tal vez pudo ser fruto tu infeliz Rafaela, hace imposible nuestra unión... ¡muy felices hubiéramos sido!; mas... ¡qué horrible duda la de tan enorme pecado, como el de nefando incesto!

»Hablas de suicido... Tú, noble, fuerte y cristiano. ¿Estás loco? ¡Qué borrón tan grande para tus blasones y hogar! ¿Quieres condenar para siempre esa alma tan grande y generosa, agravando la culpa de tu padre? Vuelve á juicio, serénate, sufre y espera, cumpliendo tus deberes de prócer y soldado, que los tiempos que atravesamos son de prueba, y al ir recto al sacrificio, al martirio por el deber, ten por seguro que servirás á Dios, que al permitir que haya males en el mundo, *ni quiere que los males se hagan, ni quiere que no se hagan, sino quiere permitir que los haya*, lo cual según San Agustín, *es bueno*, pues, así es cierto que Dios puede hacer que del pecado mismo surja la virtud, no solo como santo ejemplar, si que más bien para atormentar y vencer al forjador de todo mal y eterno enemigo de la humanidad.

»Yo me desposo con Dios, á la vez que me caso con el doliente, el desvalido y el pobre.—Rafaela.»

F. Cáceres Pla.

El mundo al día

Por medio de la fotografía, y pegando un papelito en el párpado de un ojo humano, se ha logrado averiguar cuánto tiempo se emplea en cada parpadeo, obteniéndose como término medio un tercio de segundo.

*

Los árboles que se crían en la parte del monte que mira al Norte, dan madera para las construcciones mucho más resistente que los que se crían en la parte Sur.

*

Los suecos son gente honrada. Su gobierno lo sabe, y por lo mismo en ciertos puntos del país se ha establecido un sistema postal digno de la feliz Arcadia.

Cuando llega á los precitados puntos que todos son puertos de mar, algún vapor correo, un marino encargado de la valija toma tierra y deposita la correspondencia destinada á aquel lugar en una especie de cajón que hay en el muelle dispuesto para tal objeto.

Una vez entregadas las cartas al auxiliar de madera, el cartero se retira, y luego todos los habitantes de la población que esperan carta de fuera van á reconocer las que allí hay y se retiran con la que les corresponde, sin que jamás haya ocurrido que alguien se haya guardado una misiva destinada á su vecino.

*

En Rutland, pueblecillo de Vermont (Estados Unidos), se ha muerto un perro que tenía fama de ser el más grande de la tierra.

Era un mixto de mastín, inglés y alemán, que tenía diez años y que pesaba 128 kilos. Por su alzada, que alcanzaba un metro en la cruz, era tan grande como un león adulto, si bien no tenía las patas tan gruesas, ni era tan largo como la fiera, pues su longitud no pasaba de un metro ochenta y tres centímetros desde la cabeza hasta la cola.

Fácil es comprender que un mastín de semejantes proporciones, cuyo collar medía ochenta y tres centímetros de circunferencia, era el terror de los merodeadores nocturnos.

Oro viejo

HOJAS CAIDAS

Del arbol escueto y triste
que al recio huracán resiste,
cae una hoja.
No esperes ¡empeño vano!
que compasiva una mano
la recoja.

—

De tu pomposa espesura
arrancarán sin ventura
hojas cien.
Pero dí: ¿quién con anhelo
las recojerá del suelo?
dime ¿quién?

—

Si esperanzas ó ilusiones
Te cede, loca en sus dones,
la fortuna,
tu pesar acrecentando,
te las irán arrancando
una á una.

—

Nadie con sublime amor,
aliviará tu dolor
tan sentido,
que nadie con fe amorosa
preste ayuda generosa
al caído.

—

Vive mujer, advertida,
que del árbol desprendida
cae una hoja,
y que es esperar en vano
que compasiva una mano
la recoja.

† Enrique Jódar